

## Naturaleza y dinámica de la guerra en Colombia

*Alfredo Rangel Suárez*

Colombia ha sido un país con mucho más territorio que Estado. Esta precariedad de las instituciones del Estado frente a la dimensión del territorio ha hecho posible fenómenos como la colonización espontánea y no regulada, y el asentamiento de grupos insurgentes en amplias zonas del país.

A finales de la década de los años cincuenta y comienzos de los sesenta se originó el surgimiento de los primeros grupos guerrilleros que, al cabo de cuarenta años se transformarían, algunos de ellos, en adversarios significativos del Estado que le disputarían la soberanía sobre parte del territorio. En la gestación y posterior fortalecimiento de estos grupos insurgentes ha confluído una numerosa y compleja cantidad de factores de orden histórico, político, económico y social, pero, sin duda alguna, la conformación y la extensión del territorio también ha sido un factor de gran influencia en la persistencia y en las modalidades de desarrollo de la insurgencia en Colombia.

En efecto, además del apoyo popular, el medio ambiente físico tiene una gran importancia en la guerra de guerrillas. Para em-

pezar, el entorno natural influye de manera determinante en la selección de la estrategia guerrillera. Para algunos autores, como Bard O'Neill (1990), el medio ambiente juega un papel clave cuando en los inicios de la insurgencia el gobierno quiere hacer valer su supremacía política y militar para sofocar los primeros brotes insurgentes, y éstos optan por adoptar una estrategia de guerra prolongada (O'Neill, 1990).

En esta situación los terrenos distantes, selváticos y de difícil acceso contribuyen a la preservación y al ocultamiento de la insurgencia, así como a eludir los embates de las fuerzas gubernamentales. De igual manera, le hacen posible realizar sus primeras acciones exitosas de hostigamiento. La geografía es un elemento clave desde el punto de vista táctico y estratégico que juega en favor de la guerrilla y en contra del gobierno. La guerrilla lo sabe y aprovecha a fondo esa ventaja. Es más, podría decirse que el terreno pone prácticamente en condiciones de igualdad a las fuerzas guerrilleras y a las tropas gubernamentales. Es un gran nivelador en el aspecto táctico y operacional. La guerrilla puede utilizar con la máxima eficiencia sus precarios recursos, en tanto que el gobierno no puede usar eficientemente su abrumadora ventaja en recursos físicos y humanos.

De manera similar, la extensión del país también cuenta como un factor decisivo en las posibilidades de persistencia y fortalecimiento de la guerrilla. En efecto, en un país extenso se hace mucho más viable la aplicación de la estrategia de guerra prolongada. El gobierno tiene muchas más dificultades en defender a la población en un territorio extenso que en uno reducido. En un país con una geografía muy amplia, el gobierno tiene grandes dificultades para concentrar sus fuerzas; la guerrilla lo sabe y tratará de dispersarlas estableciendo frentes de combate y hostigamiento

en sitios muy apartados unos de otros a lo largo y ancho de la geografía del país.

Una de las grandes ventajas que tiene un grupo insurgente de operar en un territorio muy extenso y selvático es poder conformar sólidas bases de apoyo desde los comienzos de su lucha. Estas bases le permiten planear, adiestrar, recuperar y ordenar sus equipos y su gente con relativa seguridad. El establecimiento de estas bases es crítico, pues en el futuro la guerrilla no podría pensar en incrementar sus niveles de confrontación si no tiene desde el comienzo este tipo de fundamento territorial. Un grupo armado débil en sus comienzos debe aprovechar el espacio de que dispone para darle tiempo al tiempo, de lo cual saldrá beneficiado. Para dejarle al tiempo el cuidado de invertir el orden de las fuerzas, la inmensidad del espacio es un buen aliado.

El establecimiento de esas bases de apoyo y su importancia en el asentamiento y la consolidación de la lucha guerrillera indican trascendencia de los nexos entre éxito insurgente y geografía. Con una topografía favorable, la guerrilla se puede mantener en sus inicios aún sin gran apoyo popular y sin la existencia de un régimen dictatorial que le brinde la bandera de la lucha por la libertad y le permita conseguir rápidamente respaldos nacionales a su lucha.

Estas consideraciones generales son totalmente válidas para el caso colombiano. En efecto, en Colombia las guerrillas se establecieron en sus inicios en zonas apartadas, montañosas y selváticas donde la acción represiva del Estado era muy difícil de efectuar y donde los insurgentes, con gran conocimiento del terreno, aprovecharon esta situación para establecer sus primeras bases de apoyo. Es decir, los criterios para la escogencia de los primeros territorios de asentamiento fueron básicamente de orden

geoestratégico: terrenos apartados, de difícil acceso y con una topografía que dificultara la acción de las fuerzas armadas del Estado, al tiempo que facilitara el ocultamiento y la evasión de los puñados de guerrilleros que conformaban esos frentes iniciales. Estos fueron los casos de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, FARC, que se establecieron en Marquetalia (Tolima) y posteriormente en Guayabero y el Cañón del río Duda, y del Ejército de Liberación Nacional, ELN, que se estableció en las montañas de Santander.

En esas zonas, y en otras hacia donde fueron llegando durante sus primeros quince años de existencia, no había ni grandes concentraciones de población, ni recursos económicos significativos. En esas apartadas regiones la guerrilla permaneció casi en estado de hibernación durante cerca de veinte años, con un crecimiento casi nulo y conformada por pequeños grupos armados de muy débil capacidad militar, con precarios recursos económicos y una casi nula influencia política. Los principales ejes de la vida económica y política de la nación no pasaban por las zonas de presencia guerrillera y, más bien, estaban muy distantes de ellas.

Esta es una razón que permite explicar por qué, al decir de Peter Waldman (1996), la guerrilla se “instaló” sin que las élites estatales hicieran todo el esfuerzo para acabar tempranamente con las hostilidades. Por decirlo así, después del primer trauma provocado por la pérdida parcial de la soberanía sobre el territorio —pero de unas porciones de territorio de escasa o nula significación—, las élites se conformaron y se acomodaron con la soberanía sobre el resto del territorio, sobre todo porque esta parte era suficiente para desarrollar una vida económica y política “normal”.

Sin embargo, luego de esta primera etapa que denominamos de hibernación, en la cual los criterios de ocupación de territorios eran básicamente geoestratégicos con el fin de mantener sus propias fuerzas, a comienzos de los años ochenta la guerrilla entró en una dinámica distinta de crecimiento y de ocupación territorial. En adelante el objetivo principal fue el crecimiento y fortalecimiento tanto político como militar de la insurgencia. De esta manera, la expansión territorial de la guerrilla tendría simultáneamente dos vectores: de un lado, la consecución de recursos económicos para respaldar la expansión militar, y, de otro, el desarrollo de estrategias para el cumplimiento de los planes políticos y militares para la toma del poder.

Ese robustecimiento estuvo condicionado por la consecución de grandes volúmenes de recursos económicos, para lo cual los frentes guerrilleros se volcaron sobre las actividades económicas más dinámicas que, al mismo tiempo, durante la década de los años ochenta, se estaban localizando en regiones no integradas plenamente a la vida nacional.

De hecho, la guerrilla aprovechó de manera muy eficaz la aparición casi simultánea de una serie de bonanzas económicas —unas legales, otras ilegales—, en sectores primarios de la economía ligados al mercado externo. Para fortuna de la insurgencia, estos puntos de bonanza se ubicaron en zonas con muy precaria presencia estatal, en un país donde, como dijimos al comienzo, la cobertura institucional del territorio es muy insuficiente.

De esta forma, tanto el tipo de actividades como su ubicación, favorecieron la acción de la guerrilla para sustraer parte del excedente económico de dichas actividades con el fin de incrementar sus recursos económicos y financiar sus planes de expansión. El tipo de actividad, porque las exportaciones de bienes primarios

son, por principio, muy susceptibles de saqueo; y su ubicación, porque la escasa presencia estatal facilitaba al extremo esa explotación.

Las plantaciones de coca en Putumayo, Caquetá y Guaviare; la explotación de petróleo en Arauca; las minas de oro en el nororiente antioqueño y el sur de Bolívar; las plantaciones de banano en Urabá; minas de carbón en el Cesar y las plantaciones de amapola en las montañas de Cauca y Tolima fueron los sitios de expansión privilegiada de la guerrilla colombiana para apropiarse de parte del excedente económico de estas actividades.

Con los recursos obtenidos fueron financiando un sostenido y vertical incremento en el número de frentes y de hombres en armas que conseguirían en los años siguientes. En efecto, las FARC pasarían de tener novecientos hombres en armas y nueve frentes de combate a comienzos de los años ochenta, a cerca de diez y seis mil hombres y setenta frentes a finales de los noventa. Por su parte, en el mismo lapso el ELN pasaría de setenta hombres a cerca de tres mil quinientos y de tres frentes de guerra a unos treinta. De igual manera, su presencia territorial se había multiplicado. En 1985 estaba presente en ciento setenta y cinco municipios y para finales de los noventa esa presencia era notoria en cerca de seis cientos municipios (Rangel, 2001).

Aun cuando esta presencia no significa necesariamente control en todos esos municipios, su influencia sí es muy fuerte e implica algún nivel de control en cerca de 200 municipios. Sus bases de apoyo social y político son esencialmente campesinas, luego de que en tiempos recientes disminuyó la simpatía hacia la lucha armada entre los sectores urbanos de la población, particularmente entre las clases medias e intelectuales que les habían brindado algún grado de apoyo durante su gestación y crecimiento.

El crecimiento sostenido y acelerado de la guerrilla ha tenido como elementos propulsores esenciales definiciones estratégicas en lo militar, en lo político y en lo económico, cuya implementación y articulación ha orientado sus líneas de expansión y, sin duda, ha contribuido fundamentalmente a lograr los impresionantes avances en las últimas dos décadas (Rangel, 1998).

Es así como en lo militar ha sido clave la definición de áreas de despliegue estratégico y el desarrollo de campañas con objetivos específicos; en lo económico, la estructuración de planes de finanzas, de metas por frentes y, sobre todo, la explotación de las actividades económicas y las áreas de mayor potencial, por medio de una gran creatividad y flexibilidad para sustraer parte del excedente económico, y, finalmente, en lo político, la apelación metódica y sistemática al recurso del terror, combinado con un cabal aprovechamiento de las inequidades sociales, de los desequilibrios regionales, del desempleo juvenil rural y de la precariedad del Estado, sobre todo en su potencial coercitivo y de administración de justicia, para ganar apoyos, sean forzados o voluntarios.

La relación de la guerrilla con el territorio –definido, como dijimos arriba, en tanto espacio apropiado administrativa y políticamente– y con la economía regional es muy diversa y su tipología depende de su grado de esentamiento y de la capacidad de control del Estado. Para establecer esa relación nos valdremos de la tipología propuesta por R.T. Naylor (1993), quien sugiere tres tipos de relación de la guerrilla con la economía regional: predatoria, parasitaria y simbiótica. En el caso colombiano creemos que esos tipos se dan de manera simultánea, en función del distinto grado de desarrollo de la presencia guerrillera en las diversas zonas del país.

En efecto, cuando la guerrilla está iniciando su presencia en una zona, tiene poco o ningún vínculo con la población y es muy

vulnerable frente al aparato coercitivo del Estado, su actividad es principalmente predatoria. Se concentra en la búsqueda de recursos que requiera una mínima exposición y produzca beneficios sólo una vez. Las actividades más corrientes son la extorsión ocasional, los asaltos y los secuestros aleatorios. En estas zonas, el Estado todavía tiene capacidad de contener a la guerrilla y de evitar su asentamiento. En distintas escalas, es el caso de las ciudades de tamaño mediano y grande, así como de algunas zonas rurales donde la guerrilla no ha podido penetrar por diversas razones que van desde la ausencia de tradición de lucha armada, sociedades muy conservadoras, economías campesinas relativamente prósperas o estables, hasta economías agrícolas comerciales o latifundios con fuerte presencia de grupos armados privados.

Pero, a medida que la guerrilla se establece en la zona y obtiene apoyo de algunos sectores de la población, pero sin llegar a tener aún el control, cambia su forma de relación con la economía regional y con la población. Se vuelve parasitaria de los recursos locales. En estas áreas la guerrilla está en expansión y el control del Estado es decreciente, o existe una dura disputa por el control del territorio y de sus recursos.

Este tipo de relación parasitaria se ha dado en muchas zonas donde en razón del surgimiento súbito de bonanzas económicas, ha habido un rezago de las normas y de las instituciones judiciales del Estado. En estas regiones la gran velocidad del cambio económico y de los fenómenos asociados a él, especialmente las migraciones internas, el repentino crecimiento demográfico, las inversiones y el auge inesperado de los movimientos mercantiles, producen un proceso de expansión en el cual se crea riqueza, se valorizan activos y se genera mucho empleo e ingreso, pero el déficit de institucionalidad estatal propicia una situación en la que



no hay garantías para el respeto de los derechos ni para el cumplimiento de los contratos. En estas situaciones pequeños grupos armados pero muy bien organizados y disciplinados, como las guerrillas, tienen capacidad para imponer unas determinadas reglas de juego, y aprovechan para depredar la bonanza económica local, apropiándose de parte del excedente económico.

En Colombia esta situación se ha presentado en algunas zonas de colonización de frontera donde han ocurrido recientemente procesos de ocupación y explotación del territorio con actividades agrícolas—como en Urabá—, de explotación petrolera—como en Arauca—, de minería de oro—como en el nororiente antioqueño—o de extracción de carbón—como en el Cesar.

Pero hay otro tipo de relación de la guerrilla con el territorio. Son esas regiones donde la guerrilla lleva asentada una, dos o tres décadas, y a donde incluso llegó primero que los colonizadores. En estas zonas ella estableció su propia economía y estructuró comunidades antes de que ocurrieran desarrollos posteriores. En realidad, parte del éxito, del enraizamiento y de la larga duración de la guerrilla colombiana se debe a que ella ha sido constructora de territorios, si entendemos estos como espacios acabados, apropiados, administrados y delimitados política y administrativamente (Gouseset, 1998).

En efecto, en algunas regiones la guerrilla ha llenado ese déficit de territorialidad que ha existido por la baja densidad poblacional, la escasa presencia institucional del Estado y las precarias relaciones comerciales con la economía formal. Es el caso de muchas zonas de cultivo de coca donde la ausencia del Estado era casi absoluta en el momento en que empezó a acelerarse la economía de la droga y donde, producto de esa tradicional presencia guerrillera, la insurgencia ha logrado una integración

simbiótica con la actividad productiva y con la dinámica económica general de esas regiones. La actividad económica en particular y la vida regional en general es casi inconcebible sin la presencia guerrillera en esas regiones. La guerrilla ejerce el monopolio de la fuerza, administra justicia y recaba tributos, desempeñando así las funciones primarias y principales de un Estado. Este tipo de relación de la guerrilla con el territorio y la población se encuentra en zonas de Caquetá, Putumayo, Guaviare.

Pero la relación de la guerrilla con el territorio no solamente tiene como propósito la extracción de excedentes económicos. Dado que estos recursos son solamente un medio para lograr un fin ulterior, es necesario tener en cuenta los propósitos políticos y militares, así como las estrategias a través de las cuales aspiran conseguirlos. Unos y otros determinan usos y modalidades distintas de implantación de la guerrilla en el territorio.

Desde su Séptima Conferencia en 1982, las FARC definieron su estrategia militar para la toma del poder. Esta ubicó a la Cordillera Oriental como el eje del despliegue estratégico de la fuerza militar y a la capital de la República, Bogotá, como el centro de ese eje. Esto significa que el esfuerzo militar debería realizarse de manera prioritaria en poblar de frentes guerrilleros toda la extensión de dicha cordillera y que, así mismo, los alrededores de Bogotá serían el foco donde se crearían mayor cantidad y más fuertes frentes guerrilleros, los cuales, en el momento decisivo, serían apoyados por el resto de frentes para realizar el asalto sobre la capital, en la última etapa de la confrontación contra el Estado. Previamente, la guerrilla debería estar en capacidad de dividir en dos el país, con la cordillera oriental como línea de separación entre el país costero y andino, de un lado, y el amazónico y llanero, del otro. Por su parte, el ELN parece haber aspirado a construir una

cadena de frentes entre Arauca y el oriente antioqueño, aún cuando su orientación estratégica parece menos clara que la de las FARC.

Aun cuando no en los plazos establecidos, las guerrillas han venido cumpliendo sus planes estratégicos, los cuales, obviamente, han tenido que ir adaptándose a los cambios ocurridos en el escenario de un conflicto complejo y en ocasiones imprevisible.

Como resultado de esta doble dinámica de ubicación territorial, una para recabar recursos económicos y otra para posicionarse con fines estratégicos, las guerrillas se han establecido en distintas regiones del país, tal como se sintetiza a continuación (Bejarano, 1997).

En la zona nor-occidental, las FARC se localizan en Antioquia en los municipios de colonización del Bajo Cauca, zonas de minifundio y campesinado acomodado en la montaña y en el Magdalena Medio, en la vía que conduce a Urabá y en el norte del Chocó. El ELN en el sur de Antioquia en zonas de campesinado medio cafetero y en la región aurífera del nordeste antioqueño.

En el norte del país, los frentes de las FARC y del ELN se concentran en las áreas dedicadas al latifundio ganadero y a la agricultura comercial de los departamentos de Córdoba, Sucre, Bolívar, Magdalena y Cesar. En la Serranía del Perijá y en la Sierra Nevada de Santa Marta, los frentes guerrilleros se encuentran donde hay cultivos de coca, amapola y marihuana. En el Cesar presencia guerrillera de frentes de las FARC y del ELN en las regiones carboníferas. También se registra una creciente presencia de ambas organizaciones en la zona bananera del Magdalena.

En la región nor-oriental las guerrillas están presentes en la zona del Catatumbo, donde existen crecientes cultivos de coca, el

Magdalena Medio santandereano y la zona de colonización del Sarare en Arauca. Las FARC están presentes en el sur de Santander, donde predomina el campesinado minifundista y medio acomodado. En el norte de Boyacá, el ELN y las FARC se reparten zonas de control, donde abunda la economía campesina empobrecida.

En la zona central del país, las FARC tiene presencia importante en los municipios minifundistas del oriente de Boyacá y en el occidente de este departamento, en cercanías de las zonas esmeraldíferas. En Cundinamarca las FARC han creado numerosos frentes en los últimos diez años, sobre todo en la zona suroriental y en Sumapaz, de gran importancia estratégica por su cercanía a Bogotá y como corredores de comunicación con los llanos orientales. En el norte del Tolima, zona cafetera y amapolera, comparten influencia frentes de las FARC y del ELN. En Risaralda, Caldas y Quindío la guerrilla ha tenido muchas dificultades de penetrar mientras los campesinos cafeteros disfrutaron de cierta holgura económica, sin embargo ante los bajos precios del café y la estrechez económica generalizada, la guerrilla ha tratado de gestar algunos frentes. La importancia estratégica de la zona es muy grande, pues se trata del nudo de la comunicación terrestre entre el oriente y el occidente del país.

En la región sur-occidental, a lo largo de la Cordillera Oriental, las FARC hace presencia en municipios de los departamentos de Nariño, Cauca y Huila, coincidiendo con las nuevas siembras de amapola, lo mismo que en el sur del Tolima. En la vía que comunica Cali con el puerto de Buenaventura se han localizado algunos frentes de las FARC, y en el sur del Valle hay pequeños frentes del ELN. Las FARC también se han expandido hacia las partes planas de Nariño, cerca al mar, donde se ubican nuevos cultivos de coca.

En la zona oriental, la presencia y el control de las FARC es prevaleciente. Como ya se ha dicho, este grupo guerrillero se ha integrado plenamente a las zonas cocaleras de Caquetá, Putumayo y Guaviare. En algunos municipios del Meta con ganadería y cultivos comerciales también están presentes las FARC. Finalmente, en Casanare, en la zona de piedemonte, cerca de los pozos petroleros, se reparten la presencia las FARC y el ELN.

Pero esta distribución no ha sido sólo planeada. Un factor que ha alterado por completo el proceso que traía la acción insurgente en Colombia ha sido el fortalecimiento reciente y la nueva dinámica de los grupos paramilitares. Estos son grupos armados privados de una gran diversidad en lo relacionado con su financiamiento, sus formas de actuación, sus apoyos sociales y su dinámica en general, en función de su origen regional. Sin embargo, desde 1995 se han venido articulando a nivel nacional y sus dirigentes han tratado de darles una capacidad de coordinación de acción nacional, una lógica y un discurso político con el fin de ser reconocidos como contraparte del Estado en la negociación política del conflicto. Aun cuando entre sus financiadores se cuentan hacendados y terratenientes tradicionales, comerciantes, transportadores y hasta campesinos medianos, su principal fuente de financiamiento son los recursos del narcotráfico, según sus mismos dirigentes lo han reconocido.

Asentados en una suerte de retaguardia estratégica en las sabanas de Córdoba y en especial en el Nudo de Paramillo, sus acciones ofensivas contra las supuestas o reales redes de apoyo de la guerrilla se han propagado por los departamentos de Antioquia, Sucre, Bolívar, Cesar, Norte de Santander, Santander, Casanare, Cundinamarca, Meta, Tolima, Cauca y Valle, Putumayo y Caquetá, principalmente.

Es claro que una de sus principales estrategias es restarle a la guerrilla sus principales fuentes de financiamiento económico, en especial los recursos de la coca, la amapola, la extorsión y el secuestro a los ganaderos, los tributos de los mineros de oro y de carbón, y los provenientes de la explotación de petróleo. Para ello los grupos paramilitares se han empeñado en disputarle a la guerrilla el control de los territorios donde tienen asiento esas fuentes de financiamiento.

En este sentido la guerra entre guerrillas y paramilitares ha adoptado la forma de una cruenta disputa territorial que tiene como escenarios privilegiados las zonas cocaleras del sur del país, especialmente Putumayo y Caquetá, y otras zonas de cultivo en el Norte de Santander y en el Magdalena Medio; también las sabanas de la costa en los departamentos de Córdoba, Sucre, Bolívar y Cesar; así mismo, los llanos del Meta y de Casanare, aun cuando también hay que incluir a Arauca, donde se aproxima una de las más crudas disputas territoriales; el departamento del Valle, por su importancia económica y su salida al mar; también Antioquia, en particular la zona de Urabá, a cuya pérdida de control territorial no se resignan las FARC.

Simultáneamente, las FARC siguen adelantando su estrategia de expansión territorial que busca el control del departamento del Huila; copar completamente el departamento de Arauca—hoy compartido con el ELN—; penetrar y fortalecerse en el Sur de Bolívar; recuperar, como ya dijimos, la zona de Urabá; abrir un corredor de movilidad entre el sur de la zona de despeje, es decir, los Llanos del Yarí, y la costa Pacífica por la vía de Tumaco y Barbacoas; fortalecerse en las nuevas zonas cocaleras de Norte de Santander; seguir estrechando los cercos a Bogotá, Cali y Medellín, entre otros objetivos.

Por su parte, el ELN tal vez aspire a permanecer en la Serranía de San Lucas, en el sur de Bolívar, en la zona del Catatumbo en el Norte de Santander, y en Arauca, para no seguir perdiendo terreno frente a las ofensivas de los paramilitares en sus zonas de influencia en otras regiones del país y frente al acoso de las FARC, que se estaría aprestando a copar las zonas que el ELN vaya abandonando en un eventual proceso de paz.

A medida que la confrontación se haga más aguda y las partes perciban que se aproximan los momentos decisivos de la contienda, la explotación de sus principales fuentes de financiamiento económico será más intensa. Es de esperarse entonces que los intentos del Estado de cortar el financiamiento de guerrilleros y paramilitares por medio de la fumigación de los cultivos de coca y amapola, sean respondidos por estos grupos ilegales con una reubicación de esos cultivos en nuevas zonas del país.

De esta manera, el área total de siembras de estos cultivos seguirá siendo cada vez mayor y los efectos nocivos sobre los bosques de las tierras altas donde se siembra la amapola y nacen las principales corrientes de agua del país serán cada vez mayores. De igual manera continuará la deforestación de nuevas zonas para ampliar los cultivos de coca. Esto ya se está viendo, por ejemplo, en Nariño y en Arauca. La prisa por seguir usufructuando estos recursos relegará a un segundo plano la consideración de los efectos que sobre el medio ambiente tiene el vertimiento de las toneladas de desechos químicos que origina el procesamiento de las drogas.

Tampoco se puede descartar que una eventual ofensiva final de la guerrilla en un futuro incluya el sabotaje económico sistemático y masivo, en el cual los pozos petroleros y los oleoductos puedan ser blancos preferenciales. Esos derrames de crudo se su-

marían entonces a los cientos de miles de barriles derramados en los más de ochocientos atentados que ha sufrido la infraestructura petrolera desde comienzos de 1980. En efecto, se calcula que desde 1986 por los atentados terroristas han sido derramados en Colombia cerca de 2.3 millones de barriles de petróleo, lo que equivale a 11 veces lo derramado en uno de los grandes desastres ecológicos de la historia reciente, el del buque petrolero Exxon Valdez. Como resultado, cerca de 6.000 has. cultivables se han visto afectadas, así como 2.600 km. de ríos y 1.600 has. de ciénagas en 70 municipios del país, afectando de manera grave no solo el ecosistema, sino las fuentes de sustento de decenas de miles de humildes familias de campesinos y pescadores.

En las negociaciones que adelantó el gobierno de Andrés Pastrana con las FARC estuvo incluido el tema de los cultivos ilícitos. Este grupo insurgente propuso una solución integral al problema que incluía la sustitución manual y concertada, así como la generación de proyectos regionales de desarrollo agrícola en esas regiones, y llegó a un acuerdo básico con el gobierno en el sentido de que el aspecto ambiental debe ser tenido en consideración para cualquier tipo de alternativa que se definiera para esos efectos. Otros temas relacionados, como la explotación de los recursos naturales y la solución al problema agrario, también fueron incluidos en la agenda de negociación y probablemente también lo estén en la negociación que eventualmente se adelante en el futuro con el ELN. Aun cuando las propuestas en estos temas están aún incipientemente desarrolladas, su negociación simultánea o consecutiva en dos mesas paralelas podría ocasionar complejos problemas de articulación hacia el futuro.



## BIBLIOGRAFÍA

- BEJARANO, Jesús Antonio, et al. (1997). *Colombia: inseguridad, violencia y desempeño económico en las áreas rurales*. Fonade, Universidad Externado de Colombia, Bogotá. pp. 140 y ss.
- GOUSËSET, Vincent (1998). "El Territorio colombiano y sus márgenes. La difícil tarea de construcción nacional", en *Territorios*, No. 1, CIDER, Universidad de los Andes, Bogotá, agosto. p. 79.
- NAYLOR, Bard E. (1993). "The Insurgent Economy: Black Market Operations of Guerrilla Organizations", en *Crime, Law and Social Change*, No. 20, Kluwer Academy Publishers.
- O'NEIL, Bard. (1990). *Insurgency & terrorism. Inside Modern Revolutionary Warfare*, Brassey's (US), Inc., Maxwell Macmillan Pergamon Publishing Corp., New York. p. 54.
- RANGEL, Alfredo (1998). *Colombia, Guerra en el Fin de Siglo*. Tercer Mundo Editores, Bogotá. p. 194.
- \_\_\_\_\_ (2001). *Guerra Insurgente, Conflictos en Malasia, Perú, Filipinas, El Salvador y Colombia*. Intermedio Editores, Bogotá. p. 383.
- WALDMAN, Peter (1996). "Las Experiencias internacionales realizadas en las negociaciones sobre conflictos armados". Ponencia presentada en Colombia en agosto de 1996. p. 5. mecanograf.